

lo infinitamente grande —por acumulación— como lo infinitesimal —por división—, nos anula o afantasma. Ese estremecimiento alcanzó también a Averroes: «El temor de lo crasamente infinito, del mero espacio, de la mera materia, tocó por un instante a Averroes. Miró el simétrico jardín; se supo envejecido, inútil, irreal» («La busca de Averroes», en *El Aleph*).

14

No podía escapar a Borges —*rara avis* por partida doble: como lector de filósofos y como autor de ficciones— la figura y obra de Vaihinger. En su *Filosofía del como si* —que reconoce su ascendencia en Kant y en Nietzsche— asentó que los conceptos, categorías, principios e hipótesis de que se valen el saber común, la ciencia y la filosofía son ficciones carentes de valor teórico alguno, pero aceptadas y mantenidas por su valor heurístico y pragmático. La única alternativa para el futuro es un uso prudente de las ficciones. No es la ficción una hipótesis —que puede ser verificada—, sino un humilde instrumento útil. Pobladas están las ciencias naturales de ficciones. No menos lo está la matemática: ficciones son, contradictorias a veces, conceptos como el de magnitud infinitamente pequeña, el de números negativos, racionales e imaginarios, y sobre ellas la matemática ha erigido sus más bellas construcciones. Ficciones son en la filosofía conceptos como los de unidad, multiplicidad, existencia, como son ficciones la estatua de Condillac, la caverna platónica, la mónada de Leibniz o el Yo de Fichte. Ficciones son el contrato social o el *homo oeconomicus*: a partir de ellos se han elevado teorías políticas o económicas. Las ficciones están al servicio de la vida.

Como tampoco podía escurrírsele Meinong, el soñador de los objetos ideales. A Borges le vienen como anillo al dedo los objetos subsistentes del filósofo austríaco en ficciones como la del planeta imaginario *Tlön* (ese planeta, que es el nuestro, trazado, entre otros, por Hume y Schopenhauer). Si todo acto de conocimiento se refiere a un objeto —afirmaba Meinong— se precisa una ciencia que considere los objetos en cuanto objetos, una ciencia de la totalidad de los objetos. Porque la metafísica tradicional no lo es, ya que sus objetos son sólo una parte de los objetos de conocimiento. Hay los objetos ideales, que de alguna manera subsisten, pero que no existen, y por ello no pueden ser considerados como reales. Semejanza y distinción son objetos de esa especie: subsisten entre cosas reales, pero ellos no son piezas de la realidad. Objeto subsistente es el número, que puede numerar incluso cosas que no existen. Lo no existente ingresa así en la totalidad de los objetos de conocimiento. Subsistentes son asimismo los objetos negativos, como la ceguera, la sordera o la ignorancia. Subsistentes son incluso los objetos imposibles.

Este breve repaso a la metafísica no ha hecho sino seguir de cerca los lugares que Borges frecuentó. No hay que olvidar que el autor de *Ficciones* escribió también bre-

ves divagaciones en prosa de compostura extraña —que nos prohíbe llamarlas ensayos—, en las que los grandes nombres de la filosofía —Zenón de Elea y su inagotable tortuga, Platón, Plotino, Escoto Erígena, el Cusano, Descartes, Pascal, Hume, Berkeley, Kant, Schopenhauer, James, Nietzsche, Bergson, Meinong, Vaihinger, Russell— aparecen con sus perplejidades auestas. Extrañas composturas, decíamos, porque al lado de lo que esos filósofos enuncian o niegan, Borges suele acumular lugares de otras fuentes literarias —poniendo en pie de igualdad a clásicos de la literatura universal, sentencias de herejes o soñadores, cuentos chinos, persas o árabes, sagas islandesas— que les hacen eco desde tiempos y espacios remotos, convocando a una unidad del espíritu o de la cultura, que recuerda aquel entendimiento común del que, según Averroes o Siger de Brabante, se alimentan los entendimientos singulares, y que les sobrevive a todos.

II. Imágenes por ilusiones

1

Nunca pretendió Borges añadir un ápice a esas venerables perplejidades que son las metafísicas. Tampoco su obra se reduce a explorar las posibilidades literarias que le ofrecen. Cierto es que Borges hace un recorrido muy personal por la tradición metafísica occidental, deteniéndose tanto en sus hitos canónicos como en sus postergaciones, denegaciones y extravagancias. No es un filósofo que se vale de unos muy personales recursos literarios para exponer una doctrina, aunque esa doctrina sea la negación de toda metafísica: el escepticismo. Tampoco es un literato que acude a la metafísica como a un venero de inspiración. Es un hombre de letras para quien tanto la literatura como la filosofía tienen que ver con la verdad. Su propia empresa es una interrogación constante sobre los poderes respectivos de la poesía y de la filosofía, de la imagen y el concepto. Lenguaje, literatura, filosofía se hacen una pregunta unánime: ¿podemos traspasar los límites del lenguaje, de la literatura, de la conciencia, de la representación y acceder al en sí del mundo y del yo? Borges registra las denegaciones históricas que en el orden especulativo se han hecho de esta empresa. Pero no le basta. Porque el deseo de transcendencia —el deseo metafísico— renace de sus propias cenizas, aunque sólo sea bajo formas estafalarias o pintorescas, formas que no necesariamente han de llevar la etiqueta filosófica, sino que con igual valor sintomático reaparecen en la teología y en la literatura. La empresa es insensata: sabemos que toda transcendencia nos está vedada, que no podemos salir del laberinto de la representación, ni alcanzar el absoluto o infinito, y que, de alcanzarlo, nos aniquilaría o afantasmaría. Dicho de otra manera: estamos cercados por rigurosos límites cognoscitivos, como estamos cercados por férreos límites ontológicos: el espacio y el tiempo, el olvido y la muerte. Pero lo que pudiera ser una conclusión

desalentadora se transforma en un canto a los dones de la finitud. Soñamos con el infinito, pero de alcanzarlo —en el espacio y en el tiempo, en la memoria y en la conciencia— nos destruiría. El límite se convierte en dádiva, en don. Es todo lo que Borges nos ofrece: el descubrimiento alborozado de la finitud, una mínima averiguación de la condición humana, que no es de orden especulativo, sino que pertenece al orden de la vivencia. Conclusión cuya tonalidad no es lógica, sino afectiva; no es un juicio asertórico, sino irónico: «nuestras nada poco difieren». Humanismo de Borges que, en este nivel, tanto da expresarlo *per viam negationis* —«nuestra esencial nadería»— como por vía de exaltación aparente: «la difusa divinidad que habita en nosotros». Borges se hace así solidario del paradójico destino del hombre que no puede aplacar el deseo metafísico a sabiendas de que su objeto es ilusorio.

2

¿En qué consiste, pues, la originalidad de la empresa literaria de Borges? Crear ficciones —uno de sus libros lleva ese título—, imágenes. ¿Con qué fin? Prendámonos del cabo que el mismo Borges nos echa: «Admitamos lo que todos los idealistas admiten: el carácter alucinatorio del mundo. Hagamos lo que ningún idealista ha hecho: busquemos irrealidades que confirmen ese carácter» (en *Otras Inquisiciones*). Prosigamos esa tarea: si el mero concepto de lo infinito o de lo infinitamente pequeño nos anula y afantasma, busquemos irrealidades que susciten ese horror; si la visión de Dios, de la luz de la que los seres reciben visibilidad, nos cegaría; si la posesión de una memoria infinita haría insoportable la existencia, busquemos una irrealidad que provoque ese suplicio; si el acceso al yo o conciencia de que proceden nuestros actos, pesares y sentimientos nos fuera concedido; si el otro de nuestro yo empírico, espacial y sucesivo, que subsiste tras el cambio nos fuera accesible, y en su rostro apareciera el horror de lo que un día fue promesa y luego fracaso, busquemos irrealidades —imágenes— que confirmen ese carácter. Busquemos imágenes en que encarnen los sueños de la metafísica y sus degeneraciones, de la teología y sus herejías, y en que encarne también el horror de la encarnación.

3

El mundo imaginario de Borges se conforma de cuatro maneras fundamentales. Una de ellas consiste en tomar elementos reales de este mundo de acá abajo como puentes de paso hacia el trasmundo y, al mismo tiempo, como testimonio de la imposibilidad de esa transcendencia.

Una segunda manera consiste en tomar elementos extraños de este mismo mundo sublunar para acabar en una conclusión pareja.

Un tercer modo consiste en recurrir a elementos culturales —creaciones del hombre— sobreañadidas a este mundo de acá abajo a fin de alcanzar un mismo propósito.

Por fin, un designio semejante inspira la operación de introducir en este mundo elementos traídos del otro.

4

De la Biblia y de Platón arranca esa larga tradición de la metafísica de la luz que ha nutrido tanto la filosofía como la teología y la mística de Occidente. Dios, el Ser, el Uno es la luz, de cuya participación el resto de los seres recibe su existencia, su verdad y su determinación como *scintillae*. Son seres luminosos a condición de no ser la luz. La mente del hombre es también una *scintilla Dei*, que puede, por la contemplación, entrever la luz, nunca verla. La visión del rostro de Dios nos mataría. El mundo, pues, se ofrece al hombre al trasluz; sólo en los peraltes y relieves que el juego de la luz y la sombra permite el mundo se hace visible: cognoscible.

Borges rehúye el mediodía. En la luz cenital el mundo se desvanece, se borra; los seres pierden su perfil: desaparecen. Lo suyo son las albas y el ocaso, cuando la luz velada y los rayos oblicuos dan relieve a los seres. De ahí también la presencia en su obra de esos receptores de la luz que, al domeñarla atemperan su carácter inhumano: las fisuras, los agujeros, la tarde, la plaza, el patio, el jardín, el aljibe, la calle, el salón, el : uán... Y también «la noche magnífica», el alba en que se producen las revelaciones. *Fulgor de Buenos Aires* abunda en claroscuros. Sólo por ser velado tras la máscara el rostro del impostor Hákim de Merv pudo mantenerse la religión que fundó; el día en que la máscara cayó, el rostro ofreció a sus fieles la pura imagen del horror.

También los animales —tigres, jaguares, coyotes, lobos, gatos— son convocados a esta espectral imaginaria por una simple razón: ellos, como la divinidad, se hallan fuera del tiempo sucesivo, viven en el instante. La instantaneidad de la vida animal es una imagen de la eternidad divina, y de la eternidad a que vanamente aspiramos. Por ese mínimo don les interrogamos y les damos gracias. Por ese mínimo don ingresan en el poema de los dones.

Si una memoria infinita nos destruiría, sea un sencillo muchacho al que un accidente permite vivir entre infinitos recuerdos. El horror de esa vida nos hará dar gracias a Dios por habernos deparado sucesión y olvido.

5

En el mundo hay ciertas realidades que, sin dejar de ser de este mundo, lo niegan por enloquecer a los guardianes que mantienen su consistencia: el principio de causalidad, la sucesión temporal y el ordenamiento espacial. Tales son el sueño, la pesadi-